

XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara, 2007.

Neoliberalismo En América Latina: Balance Y Perspectivas.

Felipe Campuzano Volpe.

Cita:

Felipe Campuzano Volpe (2007). *Neoliberalismo En América Latina: Balance Y Perspectivas*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/894>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

NEOLIBERALISMO EN AMERICA LATINA: BALANCE Y PERSPECTIVAS

Dr. Felipe Campuzano Volpe
XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología
Guadalajara, Agosto 2007

1. El agotamiento de un modelo de desarrollo económico no es un fenómeno excepcional. En realidad, la extinción de esta especie doctrinaria es un proceso que se produce en ciclos que no rebasan los treinta o cuarenta años. Así, por ejemplo, las teorías neoclásicas del libre mercado, en su primera aparición, lograron sobrevivir por cuatro décadas, auspiciadas por el florecimiento del imperialismo británico, entre 1870 y 1910, para luego caer en el olvido. Poco más adelante, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, emergieron las doctrinas keynesianas, para imponerse como modelo hegemónico, en un periodo que se extendería por treinta años y que llevaría a la formación del Estado de Bienestar y a la incorporación de las reformas socialdemocráticas al patrón mundial de acumulación capitalista. Al iniciarse los años setenta, la crisis de este paradigma se hizo evidente y pronto se perfilaron las nuevas ideas que conformarían lo que hoy denominamos el modelo neoliberal, ideas que se habían fermentado académicamente por muchos años, en la oscuridad de seminarios y cubículos, que hasta entonces permanecieron en la marginalidad.

En el escenario de una crisis económica mundial provocada por la inestabilidad de los mercados petroleros y ante el déficit fiscal acumulado por el Estado de Bienestar, se configura el modelo emergente. Las ideas de un liberalismo intransigente y antiestatista formuladas originalmente por F. Hayek, desde 1944, sumadas a las teorías monetaristas elaboradas principalmente por Milton Friedman en la Universidad de Chicago, durante la década de los sesenta, vinieron a componer una explosiva combinación que desafiaba el modelo keynesiano y proponía una salida a la recesión prevaleciente. Con una rapidez asombrosa, a finales de los años setenta, el neoliberalismo se había afirmado ya

como la nueva ortodoxia, estableciendo su hegemonía al convertirse en el modelo de las políticas económicas del Reino Unido, entonces bajo la dirección del partido conservador y Margaret Thatcher, lo mismo que en los Estados Unidos, bajo la administración republicana de Ronald Reagan. Particularmente en el Reino Unido, las nuevas doctrinas se planteaban a contra corriente, como un ejercicio radical de *pensar lo impensable*: acotar y dismantelar el poderoso Estado de Bienestar británico, establecer una política monetaria rigurosa y sanear las finanzas públicas, afectar los intereses de las grandes corporaciones y sindicatos obreros, reestructurar los servicios de seguridad social, privatizar amplios sectores de la industria estatal, reducir al máximo las funciones regulatorias del Estado y fortalecer el libre mercado.

Uno de los aspectos más destacados de este proceso fue la rapidez con que se difundió el nuevo modelo. Aparte de los elementos históricos y estructurales sustantivos, que abordaremos más adelante, la amplitud de su difusión se debió a dos factores coadyuvantes. Por una parte, la sencillez de las ideas en que logró sintetizarse la doctrina; por la otra, las habilidades propagandísticas de Milton Friedman, que se convirtió en el activo apóstol internacional del nuevo evangelio. Cabe destacar también que, en materia de experiencias precursoras, desde 1973, el monetarismo se asoció con entusiasmo al régimen de Augusto Pinochet, en Chile, aprovechando las condiciones de excepción que ofrecía la dictadura, estableciendo así una ominosa afinidad con un gobierno militar e ilegítimo, basado en la represión y la cancelación de todo estado de derecho.

En el curso de la primera mitad de los años ochenta el modelo se consolidó, para alcanzar su formulación más completa en lo que desde entonces se conoce como el *Consenso de Washington*, formula acuñada por John Williamson, bajo el patrocinio del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Se trataba de imponer un proyecto amplio de reestructuración económica, bajo los principios de la nueva doctrina: a) Reforma

fiscal y saneamiento de las finanzas públicas; b) Reestructuración del gasto social; c) Políticas monetarias de acuerdo al libre mercado financiero; d) Privatización de la industrias estatales; e) Liberalización comercial; f) Desregulación económica; y g) Seguridad jurídica. Este conjunto de lineamientos se convirtieron en una fórmula sencilla y dogmática que orientó la acción de los organismos financieros internacionales, que condicionaron su apoyo a la instrumentación de este programa de ajuste estructural.

Como veremos, los elementos que posibilitaron e impulsaron este nuevo paradigma, las etapas en que puede descomponerse su desarrollo y las modalidades tan diversas con que fue adoptado en distintas regiones del mundo, todos son temas sumamente complejos que han ocasionado multitud de interpretaciones y debates. En las páginas que siguen, procuraremos un breve repaso de esta problemática, para hacer un balance general y para fundamentar nuestra hipótesis de que estamos ante el agotamiento del modelo. Cabe señalar, sin embargo, que esta hipótesis de su descomposición, está particularmente referida a la experiencia histórica de América Latina, región en la que las clases empresariales y gobernantes adoptaron con particular celo doctrinario el nuevo paradigma económico.

2. Por la difusión que ha tenido el concepto y la polarización que ha generado en el debate ideológico, el término *neoliberalismo* se ha simplificado de manera extrema. En términos de opinión pública, particularmente en América Latina, el concepto ha adoptado una connotación negativa, confinándose a interpretaciones simplistas y voluntaristas, que hacen aparecer el neoliberalismo como una mera conspiración, como un proyecto fraguado por los agentes financieros imperialismo norteamericano, en la oscuridad burocrática de los organismos internacionales que representan exclusivamente dichos intereses imperialistas. Como toda versión ideologizada y extremista, esta contiene verdades y falsedades a medias.

Si adoptamos el marco teórico marxista, definiendo al neoliberalismo como patrón de acumulación del modo de producción capitalista y como proyecto de clase, es evidente que se requiere de una interpretación estructural que explique las razones por las que este modelo se ha configurado, proyectándose como una nueva etapa en la historia económica del capitalismo. Esta interpretación resulta imprescindible para entender las transformaciones económicas, sociales y políticas del mundo actual. Sólo de esta manera podrán identificarse sus contradicciones y problemas, para definir a su vez los lineamientos del pensamiento crítico y las estrategias de una acción social y política transformadora. Una interpretación integral del fenómeno neoliberal es indispensable para pensar y proyectar una sociedad alternativa, más justa y equitativa, de acuerdo a los valores sustantivos del pensamiento socialista.

La necesidad de esta reflexión crítica y estructural resulta doblemente necesaria cuando verificamos que una de las condiciones que ha permitido la renovación y el fortalecimiento del paradigma neoliberal ha sido precisamente la crisis del socialismo. A partir de 1989, con el colapso del bloque socialista de Europa del Este, los ideólogos conservadores se apresuraron a decretar el fin de la historia y el triunfo final del capitalismo y la democracia liberal. Los hechos han demostrado que este triunfalismo resultó prematuro e infundado. Las complejas realidades del mundo contemporáneo se han impuesto, develando una nueva problemática, un conjunto de agudas contradicciones económicas, sociales y políticas, que representan un grave desafío para los países metropolitanos y el capitalismo global.

Para comprender la génesis del paradigma neoliberal es necesario analizar los cambios del capitalismo contemporáneo y la crisis del anterior modelo de acumulación. La crisis del neoliberalismo no puede superarse mediante una vuelta al pasado, mediante la simple reivindicación del Estado propietario y el reestablecimiento de las fórmulas keynesianas tradicionales. Es evidente que el capitalismo global y los cambios sociales y tecnológicos de las últimas décadas

reclaman nuevas fórmulas económicas y políticas, para avanzar en la solución de una problemática inédita, tanto a nivel nacional como regional e internacional.

Un esfuerzo interesante en esta dirección es el desarrollado por Göran Therborn, quien define al neoliberalismo como una “superestructura ideológica y política que acompaña una transformación histórica del capitalismo moderno”. En esta nueva fase del capitalismo competitivo, contra las expectativas del marxismo, las fuerzas productivas han adoptado un nuevo giro de carácter más privado. Para ejemplificar las transformaciones del sistema económico, se considera que el capitalismo se desarrolla en torno a un triángulo cuyos vértices fundamentales son el Estado, el Mercado y las Empresas.

En la segunda mitad del siglo XIX, en lo que sería el capitalismo competitivo clásico, existe un relativo equilibrio entre estos tres factores. En la siguiente etapa o capitalismo organizado, las empresas se fortalecen considerablemente, mediante la formación de carteles y monopolios, mientras que los mercados y el Estado se rezagan en su desarrollo. Posteriormente, con el advenimiento del Estado de Bienestar, en el periodo de la posguerra, se produce un crecimiento extraordinario del Estado, mientras que los mercados y las empresas disminuyen su peso específico. Por último, en la etapa actual, son los mercados los que se expanden y fortalecen considerablemente, disminuyendo la importancia del Estado y las empresas. En el capitalismo post-industrial las relaciones entre los mercados, el Estado y las empresas se ha modificado sustancialmente: el poder de los mercados, particularmente el mercado financiero, se sobrepone a la dinámica de las empresas y de los estados nacionales.

En esta coyuntura, destaca Therborn, es necesario reconocer que el capitalismo no enfrenta una crisis estructural, sino que sus dificultades se ubican más bien en el terreno sociológico: desigualdad y pobreza, desempleo y economía informal, exclusión social y migración. Por otra parte, la la globalización del sistema económico y el fin de la guerra fría, subraya Therborn, plantea una radical

innovación en la génesis de las luchas de resistencia y por el cambio histórico. La historia ha dejado de ser Eurocéntrica; las categorías de las luchas por el cambio ya no pasan necesariamente por Europa y América del Norte. En el mundo multipolar de nuestros días, las luchas por el cambio se han diversificado y serán los distintos países y regiones del mundo los que deberán generar la crítica y la innovación de los actuales patrones de organización económica y social. Las luchas políticas e ideológicas del futuro no tendrán que pasar por los países europeos, sino que habrán de generarse en las distintas regiones en las que el desarrollo capitalista se ha enraizado. La nueva izquierda del mundo, de Asia Oriental, de América Latina, de África, deberá enfrentar los nuevos desafíos sin la tutela eurocéntrica de la historia moderna, para acostumbrarse a pensar con total originalidad en el escenario posmoderno de la actualidad¹.

Esta última reflexión nos conduce a otro campo problemático, que se refiere a las formas o modalidades del neoliberalismo. Si bien es cierto que su cuerpo doctrinario es sumamente sencillo y esquemático, su aplicación en el campo de las políticas públicas ha sido sumamente diversa, es decir, sus modalidades difieren considerablemente según las regiones y los países en cuestión. Las diferencias pueden ser enormes. Por ejemplo, no es lo mismo el neoliberalismo aplicado en los países europeos que el que se registra en América Latina. Tampoco pueden compararse las modalidades que se adoptan en los países del Sudeste Asiático – Malasia, Singapur, Taiwán, Korea y Japón, por ejemplo – que las que se presentan en los países de Europa del Este. De hecho, las comparaciones de país a país son muy contrastantes: el neoliberalismo doctrinario que el thatcherismo aplicó en el Reino Unido es muy diferente al que se registra en Francia o Alemania.

Las formas del neoliberalismo difieren, en primer término, por las condiciones originales del país o la región en que se aplican. Los países de

¹ Therborn, G., “La crisis y el futuro del capitalismo”, en La trama del neoliberalismo, Ed CLACSO-EUDEBA, Buenos Aires, 1999.

Europa del Este, aún traumatizados por la experiencia del totalitarismo, han impulsado un ajuste estructural dogmático e intransigente. En América Latina, también, nuestras elites políticas y empresariales han aplicado las fórmulas neoliberales con un celo doctrinario inexplicable, consumando una labor destructiva cuyas dimensiones están todavía por cuantificarse. Por el contrario, en la mayoría de los países europeos, particularmente en Francia y Alemania, las nuevas fórmulas se han aplicado de manera mucho más crítica y fragmentaria, de acuerdo a diagnósticos sectoriales más específicos, y ante una sociedad mucho más exigente y organizada, preservando políticas proteccionistas en algunos sectores estratégicos.²

De hecho, en el escenario mundial, pueden identificarse tres experiencias muy diferenciadas de éxito económico en el contexto del neoliberalismo y la globalización: 1) los países del Sudeste Asiático; 2) los países pequeños de Europa; y 3) el caso de Italia³. En los tres casos es evidente que el libre mercado y la competencia es una condición básica, pero que a su vez se requiere de un alto grado de cooperación y coordinación entre todos los actores económicos principales y que esta cooperación sólo puede darse a través de una intervención activa del Estado. En el Sudeste Asiático el Estado autoritario ha jugado un papel central en las primeras etapas, con un alto grado de autonomía y centralización. En el caso de países europeos como Austria y Suecia, su éxito ha radicado en el establecimiento de un corporativismo democrático que, a través de un conjunto de comisiones tripartitas y un poder arbitral fuerte por parte del Estado, ha logrado un amplio consenso social y un desarrollo eficiente y competitivo. El caso de Italia, basado en un modelo descentralizado de redes de pequeñas empresas, con un esquema de especialización flexible en el empleo y aplicación intensiva de las nuevas tecnologías, ha requerido también de una instancia estatal de coordinación muy centralizada. En suma, la intervención estatal, en distintas modalidades, es uno de los denominadores comunes; en los tres casos, se logrado el establecimiento de una

² Véase Jobert, B., "El cambio neoliberal en Europa", en Neoliberalismo y transformaciones del Estado contemporáneo, Ed. UAM, México, 1995.

³ Onís, S., "Los límites del neoliberalismo", en *Este País*, N°. 57, Dic., 1995., pp. 2-14.

amplia estructura institucional que promueve la cooperación y el consenso social. Este grado de cooperación entre los principales actores del desarrollo económico sólo puede lograrse mediante la intervención estatal y la generación de un consenso ideológico y social amplio. Por lo demás, el análisis de cada uno de estos casos muestra que no existen fórmulas generales y únicas, sino que en el proceso de generar las instituciones indispensables para la cooperación, cada país debe combinar los mejores elementos de sus tradiciones políticas, ideológicas y culturales. Para que los principios del libre mercado y la competencia es necesario que se institucionalicen en las condiciones políticas y culturales de una sociedad.

En América Latina la aplicación de las nuevas políticas económicas no ha sido uniforme. En cada país, las modalidades han sido diversas y desde luego sería necesario un análisis y un balance específico que identifique cada uno de los casos nacionales. No obstante, tampoco puede discutirse la fuerza hegemónica de las nuevas ideas, que poco a poco fueron imponiéndose, a través de los organismos financieros internacionales y la colaboración más o menos entusiasta de las clases políticas y empresariales de la región. Chile y México destacan quizá como los países en los que la fórmula neoliberal se aplicó tempranamente y con mayor profundidad. Luego estarían Argentina y Perú, que también avanzaron pronto en las reformas. Brasil y Colombia iniciaron los ajustes tardíamente y con menos convicción, mientras que Ecuador y Venezuela se han resistido al modelo. Pero la influencia de la privatización y la apertura comercial alcanzó a la mayoría de los países de la región.

Uno de los rasgos comunes a la experiencia neoliberal en América Latina ha sido su carácter doctrinario. Los nuevos principios del libre mercado y la desregulación se asumieron con veneración y dogmatismo. En contraste con la experiencia europea, la cruzada por la privatización y la apertura comercial asumió un carácter compulsivo, sin incorporar una visión crítica y estratégica para el desarrollo de la región, de sus muy particulares condiciones sociales y políticas. El dogmatismo tecnocrático de las clases políticas, las presiones internacionales y

los intereses fácticos dominantes condujeron a la improvisación, la ineficacia y la especulación. Las industrias estatales se convirtieron en monopolios privados, los procedimientos de privatización estuvieron marcados por la corrupción, la apertura comercial no se ajustó a las prioridades de una política industrial y agropecuaria nacional, los sistemas bancarios y financieros se extranjerizaron, las industrias estratégicas cayeron en manos de las grandes empresas transnacionales. En consecuencia, los índices de crecimiento económico de la región disminuyeron y las crisis financieras se produjeron cada vez con mayor frecuencia y profundidad. El gasto público y los servicios de seguridad social se debilitaron, el sector informal de la economía creció de manera desproporcionada, la precarización del trabajo se generalizó y los niveles de desigualdad y pobreza aumentaron sistemáticamente.

3. Si se considera en su conjunto el periodo de los últimos 25 años en los que ha dominado las doctrinas neoliberales, no hay duda de que la región se encuentra en un periodo de estancamiento y regresión. Cuando se consideran comparativamente los datos agregados de desarrollo económico y social en la región respecto a lo sucedido en el período inmediato anterior, que correspondió a las políticas del “desarrollo estabilizador”, las políticas neoliberales arrojan resultados sumamente desfavorables. Considérese, por ejemplo, el crecimiento del PIB de la región: entre 1960 y 1980, éste creció un promedio anual de 5.6%, a pesar de la crisis del petróleo en la década de los setenta y la recesión mundial que esto ocasionó. En contraste, durante la década siguiente, la famosa década perdida, el crecimiento fue de tan sólo 1.3%. En la década de los noventa, aunque los primeros años fueron alentadores, la crisis financiera de México y el impacto de la crisis asiática dieron al traste con todas las expectativas y mantuvieron el nivel de crecimiento en apenas 1.4%.

En México, por ejemplo, entre 1958 y 1970, el PIB creció anualmente 6.8% en promedio, mientras que en los últimos 24 años de neoliberalismo, la tasa promedio anual apenas alcanza el 2%. En el primer periodo, los salarios crecieron

a una media anual de 9%, por encima de la inflación, fortaleciendo los salarios reales y aumentando su participación en la distribución del ingreso. En el segundo periodo, el salario mínimo ha perdido el 70% de su poder adquisitivo y los salarios contractuales el 50%.

En cuanto a la proporción del gasto público en relación al PIB, una manera de cuantificar el “tamaño del Estado”, es importante señalar que mientras que en 1985, los países más avanzados (Estados Unidos, Francia, Alemania, Canadá, entre otros) destinaron más del 50% a este gasto, los países latinoamericanos redujeron esta proporción, como resultado del “saneamiento” de las finanzas públicas, el pago de la deuda externa y el control de la inflación, de tal manera que los ninguno de los países más avanzados de la región rebasa el 35%. Estos recortes afectaron principalmente el gasto social, con el consecuente deterioro de los servicios básicos dirigidos a las clases desfavorecidas. El problema de la deuda externa de la región está muy lejos de haberse solucionado y de 1975 a la fecha, esta deuda ha crecido exponencialmente: para 1997, la deuda externa de la región ascendía a 815 billones de dólares y representaba el 42% de PIB. Por otra parte, los gobiernos neoliberales han sido incapaces de realizar una reforma fiscal significativa, en la medida que las clases dominantes han mantenido su “veto contributivo” y han impedido cualquier política fiscal con carácter redistributivo. La recaudación tributaria en los países avanzados de la OCDE, sin incluir las contribuciones por concepto de seguridad social, alcanza el 37.5% de PIB, mientras que en los países más adelantados de América Latina, esta proporción apenas alcanza el 17%. En cuanto a los impuestos directos en relación al PIB, en los países de la OCDE, este porcentaje alcanza el 14%, mientras que en los países avanzados de la región esta proporción no alcanza ni siquiera el 5%.

En lo que se refiere al PIB per cápita, los datos no pueden ser más reveladores. Entre 1980 y 2003, esta variable fundamental se mantuvo estancada, registrando periodos de involución o decrecimiento; sólo en los últimos cuatro años ha dado muestras de un crecimiento incipiente. Durante la década de los

ochentas, el decrecimiento fue de 0.8%; entre 1990 y 1994 se registró un ligero repunte de 1.7%, para volver a decrecer en 1% entre 1995 y 1999, y mantenerse estancado hasta 2003. En contraste, durante la década de los setenta, su crecimiento promedio en la región fue de 2.4%. En México, por ejemplo, entre 1958 y 1970, años del desarrollo estabilizador, el PIB per cápita creció un promedio anual de 3%, mientras que en los 24 años de neoliberalismo apenas ha crecido un 0.7% en promedio, y con grandes tropiezos.

Esto se ha reflejado sustancialmente en lo que se refiera a los niveles de pobreza y desigualdad en la región. De una población aproximada de 500 millones de personas, América Latina tiene 211 millones de pobres (43.8 %), de los cuales 117 son niños y jóvenes. Además, 17.8 % de su población, es decir 89 millones de personas, vive en pobreza extrema, es decir, con un ingreso menor a un dólar diario. La pobreza alcanza al 35 % de los hogares y 14 % de ellos se cataloga en el nivel de indigencia⁴. Hoy en día, América Latina tiene uno de los índices de desigualdad más altos del mundo. El 20 % más rico de la población recibe el 55 % de los ingresos, mientras que el 20 % más pobre dispone apenas del 4.8 %. En 1990, el 10 % más rico tenía 25.40 veces el ingreso del 10 % más pobre; para 1999, esta proporción empeoró, alcanzando el 27.40. Con un Coeficiente de Gini de 0.580, la región se cataloga como de desigualdad extrema⁵.

4. Es ante este panorama en cuando es necesario plantearse un balance y una evaluación. Como veremos, no se trata tan sólo de un resultado provisional ante el cuál puede todavía alegarse la necesidad de reformas estructurales más profundas. Más aún, en principio, en las doctrinas neoliberales, particularmente en las ideas de Hayek, se consideraba como algo deseable la extensión de las desigualdades; el Estado Benefactor había generado una situación en la que se tomaba por garantizada la igualdad y el derecho al bienestar por parte de todos los individuos y sectores sociales, devaluando así la cultura del esfuerzo y el mérito

⁴ *Panorama social de América Latina, 2000/2001*, CEPAL-ONU, Santiago de Chile, Octubre 2001, pp.13-14.

⁵ *Informe sobre la democracia en América Latina, 2004*, PNUD, *Ideas y aportes*, pp. 49-50.

individual, aboliendo artificialmente las desigualdades naturales y generando una revolución de expectativas que no correspondía a la realidad. A pesar de todo ello, el deficiente desempeño del modelo a lo largo de más de dos décadas ha erosionado incluso estas convicciones doctrinarias. Se ha extendido la percepción de que sus fórmulas han llegado a su punto de agotamiento. En los primeros años, todos estos índices de un desarrollo económico y social decepcionante podían todavía considerarse como una primera etapa de ajuste en la que los costos tenían que pagarse; pero actualmente, los pobres resultados se han convertido en algo crónico e irreversible. La certeza dogmática y el optimismo tecnocrático de las clases políticas y empresariales se han desvanecido. Se registra, a lo largo de todo el continente, la emergencia de nuevos movimientos sociales y políticos cuyo sentido ya no es posible ocultar. Los regímenes con inclinaciones de izquierda se han multiplicado y la búsqueda de nuevas alternativas de desarrollo está a la orden del día. Este cuestionamiento de las políticas dominantes se ha fortalecido en buena medida debido al proceso de democratización que se ha venido consolidando en la región a lo largo de las últimas décadas.

Durante la década de los ochenta, cuando la crisis y el estancamiento económicos impusieron la necesidad de un ajuste estructural y la adopción del nuevo evangelio neoliberal, también se presentó un proceso político de dimensiones continentales: la transición a la democracia. Se trata de un amplio impulso por el fortalecimiento de las instituciones políticas y el respeto a los procedimientos democráticos. Para 1988, casi la totalidad de los países de América Latina y el Caribe habían logrado establecer regímenes cuya legitimidad electoral no estaba en duda. Primero, Ecuador y Perú (1981), luego Bolivia (1982), Argentina (1983), Uruguay (1985), Brasil (1985) y Chile (1988); poco después, México (2000) y nuevamente Perú (2001) y Ecuador (2002).⁶ La mayoría de los países centroamericanos y del Caribe, experimentaron esta misma tendencia. En

⁶ Diamond, L. y M.F. Plattner (Comps.), *El resurgimiento global de la democracia*, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, México, 1996, pp. IX-XXVI; Huntington, S.P. *La tercera ola*, ob.cit. pp. 33-34; y O'Donnell, G., "Introducción a los casos latinoamericanos", en O'Donnell, P.C. Schmitter y L. Whitehead (Comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, 4 Vols., Ed. Paidós, Buenos Aires, 1988, Vol. 2. pp. 15-36.

el caso de México, las sucesivas reformas electorales dieron resultados positivos, que se consolidaron el año 2000, cuando por primera vez en un periodo de más de 70 años, el partido oficial perdió las elecciones presidenciales. Aunque en el decenio de los noventa se han presentado fenómenos graves de inestabilidad, particularmente en Perú, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Argentina, parecería que la transición democrática ha continuado su avance y se ha establecido como la tendencia dominante en el ámbito regional. El *Índice de Democracia Electoral* (IDE), calculado según criterios del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ha evolucionado consistentemente en toda la región, yendo de 0.27 en 1977, a 0.69 en 1985, a 0.86 en 1990, hasta alcanzar el 0.93 en 2002.⁷

Las democracias latinoamericanas son aún frágiles y muchas de ellas atraviesan todavía por un proceso de transición inacabado. Sin embargo, un conjunto de condiciones regionales e internacionales han permitido el progreso paulatino, no sin ocasionales retrocesos, de este proceso de democratización. El mismo proceso de globalización comercial e informativa, acompañado de una revolución tecnológica que ha renovado y ampliado los procesos de comunicación e información, he hecho mucho más difícil que prosperen los proyectos autoritarios. Hoy en día sería mucho más improbable que una conspiración del Departamento de Estado norteamericano, algunas compañías transnacionales y las fuerzas militares locales pudieran conspirar, abierta e impunemente, contra el estado de derecho, tal como sucedió en la década de los setenta. Las democracias latinoamericanas han avanzado y madurado, la sociedad civil tiene un protagonismo notable y sus exigencias se hacen notar en todos los órdenes de la vida política. Han surgido múltiples y diversos movimientos sociales, y la cultura política de la región ha madurado significativamente. Son aún muchos los obstáculos. En los distintos escenarios nacionales, la delincuencia organizada, la violencia, la corrupción y la impunidad dejan mucho que desear en materia de administración de la justicia y vigencia real del estado de derecho. Los problemas económicos y sociales siguen siendo muy agudos. Las instituciones políticas y la

⁷ *Informe sobre la democracia en América Latina*, PNUD, New York, 2004, II Sección, p. 75.

cultura democrática han avanzado de manera importante, pero aún falta mucho camino por recorrer. No obstante, adoptando una perspectiva optimista, puede hablarse de un horizonte en el que los procesos de regresión autoritaria son improbables y las posibilidades de madurar un nuevo proyecto histórico para los países de la región están abiertas. Han surgido nuevos actores políticos, que han presionado por la renovación de los partidos político y los sistemas electorales, una cultura política con tendencias positivas en materia de democracia y participación ciudadana. El fortalecimiento de la izquierda, como se ha señalado, es ya una tendencia evidente, si bien su definición doctrinaria y programática es todavía muy discutible y se proyectan serias dudas sobre las tendencias autoritarias de algunos de los nuevos regímenes, particularmente en el caso de Venezuela, que ha adoptado un claro liderazgo en la región.

Ahora bien, este escenario nos plantea dos temáticas de gran importancia que es indispensable abordar. Por una parte, es necesario responder a la pregunta acerca de cuál es el legado del neoliberalismo, cuáles son y serán sus resultados en el largo plazo y de manera perdurable. En efecto, la extinción de un paradigma económico no equivale a su eclipse absoluto. Esto es algo normal. La herencia teórica e institucional del keynesianismo está aún presente y difícilmente podríamos entender las sociedades contemporáneas sin tomarla en cuenta; como paradigma económico seguramente está superado, pero su legado histórico no puede ignorarse. El sedimento institucional de las políticas keynesianas está por todas partes y su impacto en la organización del capitalismo contemporáneo ha dejado un vasto complejo institucional que es fundamental para su funcionamiento. Algo parecido puede decirse del neoliberalismo. Su agotamiento es indudable, pero su legado estará presente por mucho tiempo. Un retorno a las fórmulas keynesianas originarias es prácticamente imposible. Los avances en materia de políticas financieras y monetarias, en materia fiscal y control de la inflación, en administración del gasto público y focalización de los programas sociales, las políticas comerciales y la competitividad internacional, control del

sector estatal y transparencia de los procesos de privatización, en fin, en múltiples campos, la herencia del neoliberalismo será sin duda inescapable.

El pensamiento crítico y los proyectos de la izquierda no pueden simplemente empeñarse en la restauración del modelo anterior o en la reiteración de fórmulas doctrinarias decimonónicas. Como bien ha señalado Therborn, el capitalismo contemporáneo no enfrenta una crisis estructural. Las fórmulas tradicionales de la izquierda, tanto en su versión socialdemocrática reformista como en su vertiente radical revolucionaria, deben someterse a un amplio proceso de autocrítica y reconstrucción. Los referentes teóricos más importantes se han modificado. Ya no podemos reiterar las viejas fórmulas del marxismo y el leninismo, como amuletos mágicos del pensamiento socialista y revolucionario. En su visión y su espíritu crítico, el marxismo constituye una herencia insustituible. Su teoría de la historia y su visión general de la estructura económica y social permanecen vigentes, pero son muchos los axiomas que requieren de una amplia reconstrucción. Si el marxismo ha de sobrevivir como una visión crítica de la sociedad moderna, habrá de hacerlo preservando toda la fuerza ética de sus valores sustanciales, pero dejando atrás muchas de sus fórmulas circunstanciales que actualmente no pueden tener ya la menor relevancia para el avance de una crítica eficaz del capitalismo contemporáneo. Los retos de esta reconstrucción teórica son extraordinarios, pero si la izquierda socialista desea impulsar una nueva visión crítica de la sociedad, deberá realizar una profunda autocrítica y avanzar con imaginación en la concepción de nuevas ideas y estrategias que permitan la realización eficaz de una alternativa social y política, alternativa que avance en la realización de sus valores sustantivos.

Para destacar tan sólo algunos de los elementos centrales de la nueva agenda de la izquierda latinoamericana, es importante plantearse algunos campos problemáticos. En primer término, destaca el tema de la reforma del Estado. Uno de los desafíos centrales del desarrollo de la región radica en la necesidad de reconstruir y fortalecer las funciones del Estado. En las condiciones de

vulnerabilidad comercial y financiera de la economía regional, con los niveles de pobreza, desigualdad y exclusión predominantes, con sistemas políticos sumamente frágiles y una cultura democrática aún incipiente, el papel del Estado debe redimensionarse. Las posibilidades de proyectar un modelo de desarrollo viable, basado en una sociedad más justa y equitativa, en un sistema político estable y democrático, dependen en buena medida de la configuración de un Estado eficaz y con cierto grado de autonomía, capaz de sobreponerse a los poderes fácticos y con un sólido compromiso con el fortalecimiento de la vida democrática. En segundo lugar, es indispensable diseñar e instrumentar una política social que abata la pobreza y la desigualdad, que permita establecer un umbral mínimo de igualdad, una plataforma básica en la que pueda garantizarse una ciudadanía social y política efectiva para todos. Esta tarea supone la acción redistributiva del Estado y, entre otros elementos, la instrumentación de una reforma fiscal que permita financiar el gasto social. En tercer lugar, es indispensable el fortalecimiento de la sociedad civil, lo que supone no sólo la consolidación de la ciudadanía social, sino también el impulso de una cultura política más participativa, con capacidad para generar nuevos movimientos y actores sociales, con posibilidades de actuar con independencia y con seguridad jurídica. El protagonismo de la sociedad civil es una condición para el avance democrático, pues sólo cuando desde la base social pueda plantearse una exigencia continua de participación y rendición de cuentas, en todos los ámbitos de la convivencia social, podrá asegurarse la sobrevivencia de nuestras frágiles democracias. En términos políticos, la dinámica de la sociedad civil debe encauzarse a la renovación de los partidos políticos y las organizaciones corporativas; sin la democratización de los sindicatos, los partidos y las organizaciones sociales difícilmente podrán consolidarse modernizarse y consolidarse los sistemas políticos.

En este terreno, el desafío para el pensamiento crítico y la izquierda latinoamericana son muy grandes. Las tareas y los desafíos están estrechamente relacionados. Es fundamental diseñar un proyecto de desarrollo económico que se

distinga claramente de las políticas neoliberales predominantes, pero al mismo tiempo es necesario abandonar las visiones estatistas que caracterizaron al socialismo realmente existente. Es indispensable alentar la diversidad y la participación independiente de la sociedad civil, sin la tutoría de partidos únicos o credos doctrinarios uniformes. Es necesario reformular el compromiso democrático de la izquierda, dejando atrás las formulaciones anacrónicas del centralismo político, para recuperar lo mejor de las tradiciones democráticas del liberalismo y avanzar en la configuración de una nueva democracia más participativa y eficaz, que garantice el respeto a la diversidad política e ideológica, que garantice al mismo tiempo las condiciones sociales básicas de una auténtica ciudadanía universal, así como los derechos y las libertades individuales, que aseguren la diversidad y la libre expresión de todas las ideas.

Con la llegada del nuevo siglo, en las sociedades latinoamericanas se ha registrado un ascenso indiscutible de las luchas sociales y de la exigencia de transformar las condiciones de vida de las mayorías. El efecto de las políticas neoliberales ha sido devastador y hay un claro impulso de cambio y renovación. Venezuela y Chile dieron los primeros pasos, luego Brasil y Argentina, seguidos luego por Uruguay, Ecuador, Bolivia y Nicaragua. En cada uno de estos países han surgido gobiernos que se proponen el cambio, con una clara orientación de izquierda, en muy diferentes combinaciones y modalidades. Para la izquierda latinoamericana se presenta nuevamente el desafío de encauzar este impulso, en una época en la que las grandes fórmulas doctrinarias se han agotado. El pensamiento crítico latinoamericano está ante el reto de proyectar un modelo propio de desarrollo y democratización, con creatividad e imaginación, ante el agotamiento de las grandes teorías y ante las exigencias de una sociedad que reclama condiciones de vida más justas y equitativas.